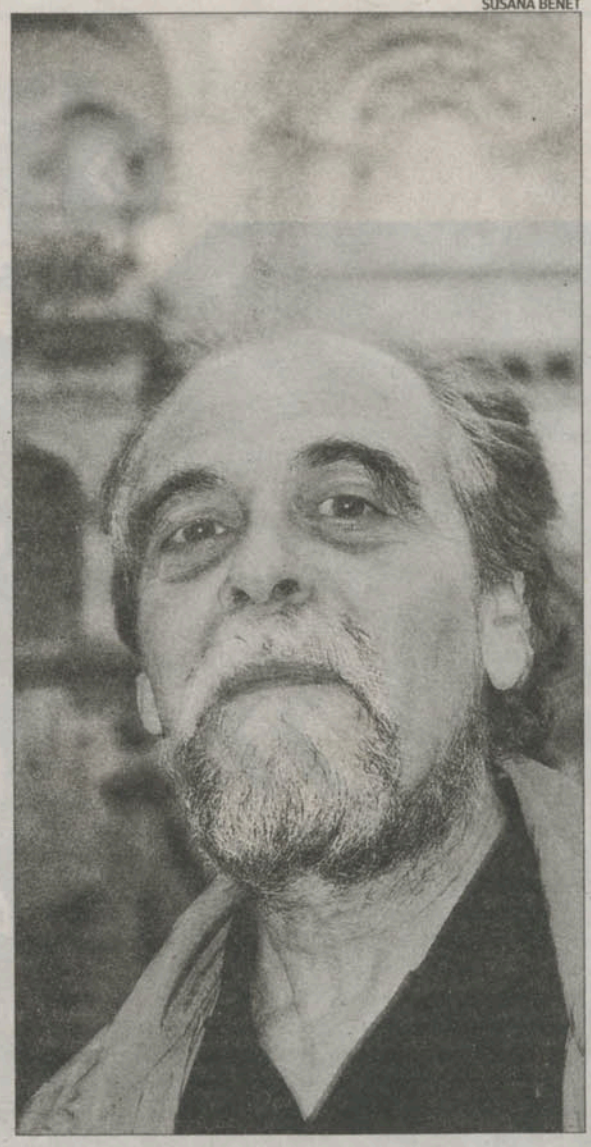
JOSÉ LUIS PARRA

Su último libro de poemas llevaba un título premonitorio. El poeta salió sin titubeos de la escena el pasado mes de octubre, agradecido «al reflejo fugaz de lo vivido», su misterio y su belleza ciega. Una reseña y las palabras de tres amigos sirvan de homenaje a aquel viejo zorro de taberna, conversador infatigable y gran asceta del vino, que cantó desde la cima secreta de la vida.

SUSANA BENET



Inclinándome

Poesía

POR **ARTURO TENDERO**

JOSÉ LUIS PARRA
Inclinándome
▶ PRE-TEXTOS, 2012

■ **José Luis Parra** era consciente de que estaba creando personajes en sus poemas. Por ejemplo, su madre ha ido configurándose desde el eterno *Meditación en un aniversario*. Sin conocerla, sabemos más de ella que de la mayoría de las personas que frecuentamos. Por ejemplo que, durante la Guerra Civil, **M.ª Ángeles Parra** desafió los bombardeos subida en la azotea de la casa y que, paradójicamente, en sus últimos años sentía pánico de las tormentas (*Medrosa edad*).

Pero el personaje que sostiene la atmósfera de los poemas de Parra es la casa familiar: A la manera de la *Casa Usher* de **Poe** o la *Casa tomada* de **Cortázar**, ese piso valenciano de Quart de Poblet se ha convertido en una maldición llena de fantasmas donde los inquilinos se desvanecen: *Somos restos / sólo sobras inútiles, manchas en el mantel / de un soñado convite que nunca sucedió. Inclinándome*, es el colofón de ese proceso: *Qué solos se quedan los vivos / cuando empiezan a marcharse de la casa los muertos.*

El poeta, atrapado, se aferra a cualquier inminencia, por improbable que sea: en *Ladridos en la puerta* se siente un perro dispuesto a saludar con ladridos al primero que llame. Sólo el conjuro de la literatura lo redime: *El milagro del ritmo acude imprevisible/ y derrama su fiel misericordia.* De día, el alivio llega por la ventana, que deja pasar la luz, pero también recuerdos, a veces muy cinematográficos, como el aro infantil que acaba fundiéndose con la luna, o como los pasos que bajan las escaleras de dos en dos y que el poeta interpreta que acabarán desembocando con los años en su nada envidiable estado.

Sería injusto limitar la obra de José Luis Parra a esta parcela de personajes. Es demasiado estremecedora, neorrealista, se queda a vivir en las entrañas del lector. Pero lo cierto es que, en unos cuantos libros, se ha hecho inabarcable, una generación de un solo miembro, y hay que parcelarlo para empezar a digerirlo. El 16 de octubre cerró para siempre la puerta de su casa, después de anunciar cómo lo haría: *Salir como una sombra, / salir, pero inclinándome, / salir sin titubeos de la escena.*

Contemplando el perro leonado de la luz

Poesía

POR **VICENTE GALLEGO**

■ La poesía es o no es, y no hay manera humana de convencerla para que se ajuste a medias tintas. **José Luis Parra** fue, es y será un poeta verdadero, una pura necesidad de la poesía. Felizmente, supo bien José Luis las cosas que importan en la vida y, en vez de sentirse agraviado por la indiferencia de la fama, se dedicó a disfrutar de lo que de veras es capaz de llenar al hombre, o sea, que se tomaba sus cervezas tranquilamente, gozaba de sus amigos, se pasmaba ante los primeros brotes multicolores de la aurora y escribía por la simple gratitud que conlleva escuchar la voz honda del alma.

Han dicho algunos que José Luis Parra es un poeta elegíaco, y en parte es cierto, pero un poeta elegíaco, añadiría yo, que nos ha legado algunos de los himnos más bellos que yo haya tenido el privilegio de leer. Hay en casi todos sus poemas, por oscuros que puedan resultar en cuanto a su tono anímico, un cántico a las pequeñas cosas cotidianas, de tal finura e intensidad que hace de las miserias cosa poca de monta. Se hacía José de querer por su alma niña, por la sinceridad de su vivir desordenado, por tantas cosas que nos daba al no pedir nunca nada de nosotros, sus amigos. Pero aún lo queríamos mucho más cuando sus poemas nos hablaban silenciosamente de corazón a corazón. Cuántas cosas inolvidables nos tienes dichas en voz baja, viejo zorro de taberna, gran asceta del vino. Viviste con lo puesto, pobremente, pero la vida se enriqueció con tu palabra. José Luis, ahí es nada, vio en un verso «el perro leonado de luz», y el que esto ve ha visto el misterio insondable de la belleza y ha cantado en la cima perpleja del ver, que es la cima secreta de la vida.

Un poeta de palabra

Poesía

POR **JUAN PABLO ZAPATER**

■ De palabra, sí, en todos los sentidos. Incluso en esos que **José Luis Parra** despertaba o adormecía a su voluntad mientras repartía su azarosa vida alcanzando cimas y frecuentando abismos, hermosa dualidad antagónica que él mismo escogió muy acertadamente para titular la más reciente antología de su obra poética (1).

Pocos como él se entregaron tanto a la palabra, hablada y escrita, en un mundo literario en el que muchas veces no se hace inmediata justicia con sus autores más valiosos. Pero el tiempo del reconocimiento juega siempre a favor de aquellos que verdaderamente lo merecen. Y el caso de Parra no admite dudas. Hombre de palabra, también, lo fue conmigo. En las débiles horas de los que al final serían sus penúltimos días quise ir a visitarlo y me alegré enormemente de ver en sus manos, recién impresos, los primeros ejemplares de su nuevo libro de título premonitorio: *Inclinándome* (2). Me los mostró con un gesto, entre reconfortado y triste, para después decirme que uno de ellos era para mí, pero que no me lo llevara todavía porque, en el momento que juntara fuerzas, deseaba dedicármelo. Yo asentí, como no podía ser de otra manera, y tras pasar con él buena parte de esa tarde volví a mi casa con el corazón sobrecogido. Pocos días después recibí la noticia de su fallecimiento y de la hora y lugar de nuestra cita definitiva. Lo que verdaderamente me impresionó al llegar al tanatorio fue encontrar en una mesa, muy próxima al cuerpo inerte de mi amigo, aquel ejemplar prometido de su libro, en cuya primera página aparecía manuscrita para mí la que tal vez pudo ser la última dedicatoria que escribió José Luis Parra, un auténtico poeta de palabra.

(1) *Cimas y abismos*. Ed. Renacimiento. Sevilla 2012. Selección y prólogo a cargo de Antonio Cabrera.

(2) *Inclinándome*. Ed. Pre-textos. Valencia 2012.

El enigma Parra

Poesía

POR **SUSANA BENET**

■ Conocí a **José Luis Parra** en el antiguo Café Malvarrosa, en la Noche de Difuntos del año 96. Ante una vela encendida, Parra me dedicó sus dos primeros libros editados: *Un hacha para el hielo* y *Del otro lado de la cumbre*. Al leer sus poemas supe que había conocido no sólo a un hombre entendido en cine y literatura, ameno e infatigable conversador, sino sobre todo a un gran poeta. La vida unió nuestros caminos estrechamente y pude conocer a fondo a un personaje que, si bien disfrutaba de la existencia, al mismo tiempo profetizaba el desastre, el fracaso, la caída. En *Un hacha para el hielo* describe la enfermedad de su madre y anticipa el sufrimiento que le causará su pérdida. Como declaró en una entrevista: «La muerte ha sido el motor de toda mi poesía», llegando a identificarse con los versos del poeta **Gabriel Bocángel**: *Con uñas y huesos y cenizas/ aún amo, aún escribo/ obstinado,/intrépido cadáver.*

Pero también en el amor fue pesimista, como si ese don no le fuese concedido de forma perdurable. En su poema *Cuando todo termine* de *Los dones suficientes* dice: *En toda plenitud, en toda cumbre, / está acechando el precipicio / está latiendo la caída.* Celebraba la vida y, sin embargo, le abrumaba la alegría de vivir, como si su corazón no pudiese albergar tanto gozo. Así, inquieto caminante, recorría las calles, buscaba el refugio de los bares, se subía a los trenes, se perdía en ciudades como en una interminable huida. ¿De qué trataba de escapar? Solía decir a menudo: «Lo que quiero es desaparecer». Y lo ha logrado definitivamente, llevándose la respuesta del enigma, pero no sin antes dejarnos el valioso testimonio de sus poemas.